

I Semana de Cuaresma

Martes

Lecturas bíblicas:

a.- Is. 55, 10-11: La Palabra no vuelve a mí vacía.

El profeta nos invita a la conversión, mientras hay tiempo, es un volver a Dios. El regreso de los pueblos a Sión, vienen atraídos por el Santo de Israel, por la santidad de su pueblo en la fidelidad a la nueva alianza. Será un caminar en la voluntad de Dios de los redimidos y perdonados. La libertad de hoy a la humillación de la esclavitud del pasado es signo de la presencia de Dios y de la salvación. El profeta señala el proceso por el que Dios con la fuerza de su palabra, levanta al pueblo marchito, en la comunidad que testimonia su actuar redentor (cfr. Is.40,6; 55,13). Creer en la palabra de Dios porque es eficaz, porque es verdad; como la lluvia fecunda la tierra, así su palabra no vuelve a ÉL sin que primero se cumpla. La metáfora evoca la tierra desértica sobre la cual Dios derrama el agua para convertirla en alameda (cfr. Is.44, 1-4). El término "derramar" también evoca el maná caído del cielo que lo alimentó en el desierto, pero a su vez, es metáfora del don de la Ley dada a su pueblo, ya que cada vez que el pueblo obedece la ley, se nutre del alimento divino y se transforma en testimonio perenne de la gloria de Dios (cfr. Is.55,13). La tarea de la palabra es semejante a la del mensajero, que no regresa sin haber cumplido su encargo. Aunque el AT, menciona la Sabiduría y al Espíritu, es la Palabra la mediación privilegiada con la que Dios obra a favor de su pueblo (cfr. Is.40,7; Am.8,11; Za.1,5-6; Sb.18,14-15). De ahí que en el NT, al constatar en Cristo la obra de Dios, la define bajo la simbología de la Palabra (cfr. Jn.1,1). Juan evangelista, nos dice más todavía que el "Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros" (Jn. 1, 14), para estar en medio de los hombres y comunicarles los deseos del Padre, es decir, la salvación eterna por medio de su palabra.

b.- Mt. 6, 7-15: El Padre nuestro.

El evangelista nos presenta la oración que Jesús enseña a sus discípulos para dirigirse a su Padre Dios. Es Jesús quien les enseña a orar a sus discípulos, a diferencia de Lucas, en que los discípulos le piden a Jesús les enseñe a orar (Lc. 11, 1-14), como el Bautista les había enseñado a sus discípulos, ÉL les enseña el Padre nuestro. En el AT a Dios se le llamaba Padre de Israel por sus prodigios en Egipto y con signos relevantes mostró su predilección con su pueblo. Padre nuestro que estás en los cielos (v.9). El considerar a Dios como Padre, no es propio de Israel, puesto que otras religiones, también lo llamaba así, por ser padre de todo lo

creado. En el AT, Yahvé es llamado padre de Israel, por su especial relación con este pueblo, su pueblo escogido, que sacó de la esclavitud, hacia la libertad para darle la tierra prometida. Si Jesús es su Hijo, sus discípulos, y que lo tienen como maestro, se unen a su oración participan de modo especial en su filiación divina; somos hijos en el Hijo. Llamar a Dios como Padre y dirigirse a ÉL como su padre es quizás una de las características de la predicación de Jesús y que la tradición cristiana recoge en su predicación. La oración del Padre nuestro es la oración de los hijos de Dios. Santificado sea tu Nombre (v.9). El nombre de Dios es el mismo Dios, hay una identificación entre el nombre y la persona: Dios es ÉL tres veces santo, trascendente. Dios es ÉL totalmente Otro, se ha manifestado y se ha dado a conocer. Le pedimos que se manifieste, que se haga conocer, que mantenga sus promesas y permanezca con nosotros para siempre. Venga tu Reino (v.10). Que venga su reino es una de los temas esenciales de la predicación de Jesús, reino que transforma la realidad y los valores de este reino: la justicia la verdad, la paz y el amor son caminos para que el hombre construya la civilización del amor. Donde está Jesús está presente este reino, la comunidad eclesial, es inicio de este cambio de la sociedad y de la mente y los corazones que necesita ser reconocido hoy y se espera su plena realización. Hágase tu voluntad (v.10). Hacer la voluntad de Dios en la vida del cristiano no es una opción, es una obligación en el sentido de saber que siempre el Padre busca lo mejor para sus hijos. Voluntad de Dios que su Hijo nos ha transmitido por el Evangelio y que el cristiano conoce precisamente para hacer la realidad en su existencia de cada día. Esta voluntad, en la lucha contra nuestro egoísmo, resulta siempre purificadora pero tiene la tarea de hacer comprender que lo que dispone Dios es lo mejor; ahí está el secreto de comprenderla y hacerla nuestra. La oración debe ser el vehículo que abra el corazón de Dios y nos presente su deseo para que con la fuerza de ese encuentro poder asumirla día a día. La voluntad de Dios debería ser el alimento, el pan de cada día, para trabajar y ganar el sustento y cubrir todas las necesidades; la comunión eucarística es camino de unión con Dios y de fe viva para hacer su voluntad. El pan nuestro de cada día (v.11). Con esta petición se pide poder satisfacer diariamente las necesidades básicas de alimentación. Pero también se pide el pan de los fuertes, medio de comunión con Cristo Jesús, la Eucaristía, que es el propio Jesús, que se hace alimento para quienes lo reciben en su vida con fe y amor. Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores (v.12). Las deudas, aquí se entienden por las culpas o pecados. Nuestros deudores, son todos aquellos sobre los cuales tenemos algún derecho, porque nos han ofendido: parientes, amigos y conocidos. El ejercicio de misericordia, cuando Dios perdona nuestras culpas, debe ser también nuestro deber a la hora de perdonar a los hermanos sus ofensas. Vivimos en "su gracia", es decir, su perdón lo recibimos cuando Dios Padre, ve el arrepentimiento y el firme propósito de no volver a pecar; todo esto queda condicionado al perdón que nosotros damos a quienes nos han ofendido. La tarea de los confesores, en este campo, será educar a

los penitentes en este sano ejercicio de liberación a fuerza de oración al Espíritu Santo, para que sea el amor de Dios, quien perdona en el corazón del penitente a su hermano de fe, sobre todo, a los de la propia familia, comunidad eclesial, etc. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal (v.13). Caer en tentación y librarnos del mal depende de Dios y del hombre; se entiende la tentación como prueba, la reacción y actitud frente a la tentación será juzgada al final de su vida. El cristiano debe abrazar el escudo de la fe, para vencer siempre, como enseña Pablo (cfr. Ef. 6, 10-20). La oración es otra de las armas con las que siempre se debe contar a la hora de enfrentar al enemigo: mundo, demonio y carne siempre serán enemigas del alma cristiana (cfr. Ef. 6, 10-20).

San Juan de la Cruz, el místico carmelita, enseña a relacionarse con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo por medio de esta oración evangélica: "No quieran arrimar la voluntad a otras ceremonias y modos de oraciones de las que nos enseñó Cristo... que cuando sus discípulos le rogaron que les enseñase a orar...sólo les enseñó aquellas siete peticiones del Pater noster, en que se incluyen todas nuestras necesidades espirituales y temporales, porque bien sabía nuestro Padre celestial lo que nos convenía (Mt. 6, 7-8), sólo encargó, con muchos encarecimientos, que perseverásemos en oración, es a saber, en la del Pater noster" (3S 44,4).

Padre Julio Gonzalez Carretti OCD